

Ya tenemos sala de conciertos

La sala de conciertos José Marín Varona comenzó el ciclo de vida en la ciudad de Camagüey el 22 de julio, con un programa que se destacó por la interpretación de nueve piezas del artista —mambí, compositor, pedagogo y director de orquestas— que esa institución vindicará del nombre a la obra.

La pareja de pianistas A tempo regaló, entre otros temas, una versión del *Popurrí cubano*, a cuatro manos. El dúo Voces llegó al corazón de los presentes con *Solo tú*, *La flor marchita* y *Dame un beso*, de la autoría del maestro Marín Varona.

A piacere, otro dúo, pero de piano y contrabajo abrió la noche con obras de otros compositores, pero cerró el primer programa con repertorio de ese camagüeyano, acompañado de la joven violinista Laura Barreras Valdés, quien agregó aires de nostalgia y añoranza a las composiciones, premiadas por el público con una cerrada ovación.



Satisfecha por la acogida, Caridad González Edward, directora de la sala, dijo: “Es la primera vez que se escuchan las creaciones de José Marín Varona adaptadas a este formato. Gracias al esfuerzo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey (OHCC), la cultura cubana encuentra un espacio importante para continuar el trabajo con la música de concierto”.

Después de siete meses de intensas labores de remozamiento, la edificación, que

posee 157 m², enclavada en la céntrica calle Luaces, entre República y San Pablo y puede acoger a 120 espectadores.

La inauguración contó con la presencia de las máximas autoridades del Partido, del Gobierno y de la cultura en la provincia, y las palabras de José Rodríguez Barrera, director de la OHCC.

•Yang Fernández Madruga

•Foto: Leandro Pérez Pérez

Léster Ortega habla bajo la sombra

Texto y foto: Guillermo Betancourt Díaz (Crítico de artes y profesor)

Si cuando usted abra el periódico en esta página se cuestiona quién es Léster Ortega, estaría haciéndose, tal vez, la pregunta equivocada. De todos modos, voy a sacarle de su duda: Léster Ortega es un estudiante de Artes Plásticas en la Academia Vicentina de la Torre con el tercer año vencido y que, ahora mismo, tiene una exposición titulada *Bajo la sombra* en la galería Fidelio Ponce, de la Oficina del Historiador de la Ciudad.

A mí me parece una exposición muy buena, pero no confíe en mi criterio, y si puede pasar por la Plaza de El Carmen en horario laboral, compruébelo usted. Se trata de una muestra cuya particularidad radica en una reinterpretación plástica de elementos de la naturaleza (árboles, sobre todo). No espere, sin embargo, el paisaje tradicional: son cuadros en los que las formas naturales sirven como pretexto para hacernos pensar sobre la condición humana; de ahí que, al verlos, nos quede cierta duda acerca de qué son en realidad. ¿Se trata de árboles que se convierten en hombres? ¿Son figuras de personas cuyo aspecto arbóreo no pasa de ser una coincidencia? ¿Habremos pasado por alto alguna cosa y no son ni lo uno ni lo otro? Como toda obra artística que se precie de serlo, las de *Bajo la sombra* nos ofrecen más preguntas que respuestas; en no ponérsela fácil, en retar a nuestra inteligencia, radica uno de sus principales méritos.

El otro —en mi criterio— se encuentra en lo que inspira la exposición. Si bien es verdad que las piezas son ricas en colorido, que son expresivas e intensas, que impactan por su gran formato, más interesante me parece que un joven del siglo XXI dirija su mirada, precisamente, a un asunto que, por desgracia, solemos entender como cosa del pasado. Léster no ha caído en la trampa de aceptar las temáticas artísticas como subordinadas a los cambiantes dictados de la moda, y ha asumido los riesgos de buscar su propia voz en caminos ya desandados por muchos de los grandes.



Uno de estos grandes, Samuel Feijóo, nos recuerda que “desde los sencillos paisajes primeros hasta los dibujos más fantásticos o fantasiosos se ha de considerar (...) que cada línea viene de Natura, de sus formas graciosas, alegres matojos, bejuqueras, flores, hojas, gajos, pájaros, bosques, mariposas, caracoles, gusanos; las formas (...) que el genio de la Naturaleza dio a mi goce”. En una línea de trabajo similar se halla esta muestra, si bien es necesario advertir que no se encontrará en ella el ecologismo candoroso que en muchas ocasiones empaña sus propios intereses; son piezas que no pretenden asumir la naturaleza como lucha, sino como punto de partida —inevitable— de cualquier creación.

Ahora mismo se podría hacer un inventario relativamente extenso que nos diga en cuántas exposiciones ha participado este joven artista, cuáles han sido sus premios, sus reconocimientos (que los tiene)... Prefiero no hacerlo. Al inicio le dije que tal vez usted se hubiese hecho una pregunta equivocada; tal inventario estaría encaminado a responder esa pregunta. Para mí, lo interesante no consiste en quién es, sino en quién será Léster Ortega.

Amor bucólico

A cargo de Yanetsy León González

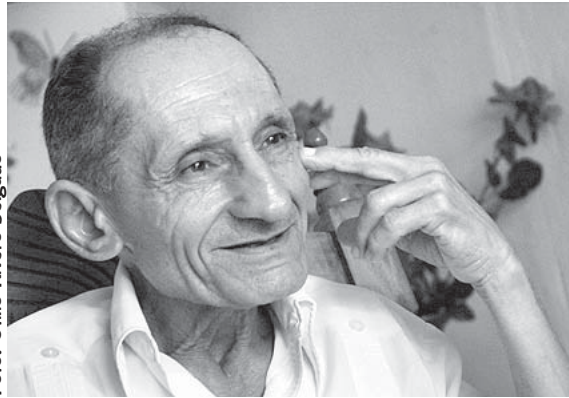


Foto: Otilio Rivero Delgado

Si la pretensión era ser un escritor famoso, Rosendo Delgado Murga podía cruzarse de brazos con el primer libro y alardear en cuanto peña o evento le invitasen, porque *Minifauna* ha sido un suceso; sin embargo, basta una mirada a flor de piel para leer que su naturaleza es la humildad, para comprender que tiene linaje de zunzún, de grillito, de esperanza verde...

“Hay libros que interesan a los lectores, pero a los especialistas no, y este logró la dualidad, gusta a todas las edades”, me dijo en la sala de su apartamento en La Pata o comunidad Rescate de Sanguily, que ganó por la labor como maestro.

Rosendo nació en La Piedra de Imán, que ha quedado como Piedra Imán, otro pueblito del municipio de Jimaguayú, en los límites con Najasa y Vertientes. Allí se fue quedando sin estudiar por dos razones, una, que no había maestro, otra, para ayudar a la familia; por eso trabajó en el campo desde los nueve años de edad.

En el tiempito libre aprovechaba para hacerse los juguetes de piedra bomba, caliza de la que liberaba animales y carritos. Luego “coloreaba” los objetos con flores y con hojas. Ya de mayor pinta poco, aunque tiene ilustradas páginas inéditas.

A los 15 recibió primero y segundo grados; a los 16, tercero y cuarto. De ahí alfabetizó. No dio ni quinto ni sexto, y saltó para la secundaria en Cascorro, hasta un curso de nivelación. Luego se preparaba para técnico agrónomo, pero una enfermedad le tronchó esa carrera y se dio como maestro popular hasta licenciarse en Educación Primaria. En Piedra Imán trabajaba en la escuelita cercana a donde Agramonte rescató a Sanguily.

La otra parte de su vida resulta más conocida: su desempeño como docente durante 38 años, incluso sus primeros pasos, recién gradua-

do, como profesor de Español y Literatura al inicio de la escuela de “los Camilitos”. De maestro a bibliotecario a director a metodólogo a actual asesor literario de la Casa de Cultura de la comunidad donde vive.

Si bien la investigación acerca de 20 animalitos autóctonos de Cuba, y la escritura de su libro publicado le

llevó cinco años, Rosendo acarició durante mucho tiempo la esencia de *Minifauna*, que Ácana sacó a la luz en el 2000, reeditó en 2002 y 2004, y que Gente Nueva presentó en 2008 con 50 000 ejemplares.

Rosendo está tan orgulloso de su obra, que no aguanta muchos minutos sin recitar. Toma uno de cuatro cuadernos inéditos y se despliega. Me presenta *Como la paz de un niño*, de glosas a José Martí; *Camino al universo* y *Miras las verdes*, dos poemarios más; pero lo que más me lee es de *Tres joyitas en el aire*, de poesía y juegos con sopa de letras, laberintos, chistes, que se divide en cuatro partes, por las estaciones del año, y es una invitación al viaje sobre las alas de zunzuncitos.

Casi todas sus poesías las sabe de memoria. Cuando tenía 14 años empezó a componer e incluso llegó a improvisar. Trata de decirlas siempre, porque es una de sus maneras audaces de mantener viva la décima.

Rosendo mereció la distinción La utilidad de la virtud, de la Sociedad Cultural José Martí, pero el premio más preciado lo recibe con “Los amigos de la minifauna”, como se nombra su peña, y entre “Las abejas literarias”, como se identifica su taller. Sus versos florecen en los coros de varias escuelitas rurales.

En primicia me dice que escribe un minifauna del mar, y mientras busca la poesía del caballito de mar, me cuenta que desde niño colecciona caracoles.

Rosendo vive en un edificio, pero goza del amanecer de la sabana. Ese cuadro bucólico solo le hace desear que se preserve el mundo, para que todos los animalitos que ha hecho grandes los conozcan las nuevas generaciones; y por supuesto, que le publiquen porque el centro de sus libros es el amor a todo.

¿Por qué Camagüey Cuna de la Literatura?

Después de *Espejo de paciencia* (1608) no se conocen obras literarias escritas en Puerto Príncipe hasta el siglo XIX. A partir de 1800 esta ciudad resurge, como Ave Fénix, en las letras de Cuba colonial con su alforja desbordada de aportes a la cultura local, nacional e internacional. Entre otros valiosos ejemplos encontraremos a la deslumbrante Gertrudis Gómez de Avellaneda disputándose los primeros puestos de la literatura castellana, y más acá a un Nicolás Guillén, declarado Poeta Nacional.

•Ramiro Manuel García Medina (Investigador histórico y escritor)

